

en grado diverso, podrían encontrarse hasta en los brutos; pero el conocimiento de un Dios es tan general, que solo con gran trabajo se halló un caso (y ese aún no está bien probado) de alguna tribu salvaje que no lo tuviese. La veneración á los ancianos, si bien alguna vez expresada de un modo extraño y hasta criminal, es tan comun, como propia del hombre exclusivamente, lo mismo que la religion de las tumbas y del pudor; y así se ve en que en todas partes comienza el mundo de los pueblos por el culto, los sepulcros y las ceremonias nupciales. Los naturales de la Nueva-Holanda son los seres más ínfimos de la humana especie, y sin embargo aun entre ellos se han encontrado ideas generales del bien y del mal, palabras para expresarlas en el sentido físico y moral, el principio de una causa general, de una justicia á su modo, y hasta un sentimiento de honor. Las máximas de la antigüedad son en todas partes miradas con cierta veneración, independiente hasta de su grado de exactitud; y así como el indio apoya toda su doctrina en las palabras primitivas de los Vedas, por su parte, Confucio, no pretende sino restaurar la gloria de la ciencia de los antiguos sábios: los griegos y otros combinaron sus fábulas con arreglo á la antigua tradición, y el vulgo á cada paso cita y respeta los proverbios de los antepasados. Aquí vienen apropósito aquellas dignas palabras de Vico, á saber: «ideas uníformes nacidas entre pueblos enteros no conocidos entre sí, deben de tener un fondo de verdad.

Así como demuestra por todas partes la naturaleza que el imperio de la vida fué violentamente sacudido, del mismo modo en el hombre la lucha de las pasiones con la razón, del instinto del goce con la ley del deber y de la caridad, del interés personal con la generosidad que refiere todas sus acciones á Dios y á la humanidad entera, dan testimonio de un desacuerdo ocurrido en la conciencia, de una decadencia de otro estado mejor. Así lo acredita el pudor anejo al acto que más se parece á la creación; así lo atestiguan los filósofos cuando lamentándose del tiempo presente, se remontan con su imaginación á un estado más perfecto, dando paso á un deseo semejante á un recuerdo; y así lo dice, por último, aquel comun sus-

pirar por el tiempo de nuestros antepasados, que en las imaginaciones vulgares hace creer que el mundo se va empeorando cada día, y en las fantasías ardientes produce las soñadas imágenes de una edad de oro. El dogma de la inmortalidad del alma, que en la filosofía no encuentra razones que lo demuestren con evidencia, ¿cómo ha podido ser hallado por la capacidad humana sin más que sus propios recursos? ¿De dónde proviene aquella fé, universal aunque vaga, de que el espíritu sobrevive al cuerpo, fé que tan notable diferencia establece entre la muerte del hombre y la del bruto, y que tan diversamente se expresa entre los egipcios que levantan pirámides y eternizan las momias; los camschadals, que atan un perro cerca de la tumba; los habitantes de la Nueva-Holanda que arrojan al mar el cadáver; los del Canadá que al morir creen emprender el viaje á la tierra de las almas, al país de sus padres; el mago que evoca las sombras y el supersticioso que se amedrenta de los espíritus? Por lo general en las festividades y ceremonias son iguales los motivos y los actos, aunque sean diferentes los medios de ejecución. Tales concordancias son más notables por la naturaleza íntima de su principio de acción, que por la manifestación de su actividad; pues que si ésta puede provenir de la tradición, la semejanza de los íntimos sentimientos envuelve la unidad de los hombres que la recibieron.

Pedir á un hombre recuerdos de su país natal y de los días primitivos de su infancia sería locura; pero si personas criadas juntamente y luego separadas á largas distancias, se juntaran siendo ya mayores de edad, y conviniere en ciertos puntos respecto de los acontecimientos de su niñez, aunque refiriéndolos con la alteración que su carácter individual y circunstancias encontradas debían producir: ¿por ventura no se considerarían sus palabras como prueba evidente de la verdad, de los sucesos y de la comunidad en que pasaron su infancia? Pues justamente otro tanto sucede con las tradiciones, eco del mundo primitivo, las cuales entre los pueblos más diversos concuerdan maravillosamente en los hechos que precedieron á la dispersión, en tanto que despues de ésta se pierden en las más extrañas discrepancias.

No siempre aparece tan evidentemente esta

identidad; con demasiada frecuencia se alteran el perpétuo amor á lo maravilloso, la constante repugnancia para referir hasta los más ténues sucesos sin exagerarlos, la vanidad nacional que pretende apropiarse á cada país los hechos concernientes á todo el género humano, y la imaginación de los hombres no educados, tanto más poderosa cuanto más débil se muestra en ellos la facultad de discurrir. Especialmente los griegos, sedientos como estaban de la idea de lo bello, sacrificaron á esta manía la verdad, reduciendo las primitivas tradiciones á grupos imaginarios y heterogéneos, más parecidos á una novela que á la historia. Esta, si hubo de agardar, tuvo que revestirse de alegorías que se aviniesen con los sucesos de cada país, con el clima y con las costumbres; de manera que fijando la atención en las mitologías particulares, se cree por de pronto que comprenden la historia parcial de un sólo pueblo; más si se unen y comparan, va dilatándose el campo, y aparecen entre ellas tan evidentes concordancias, que sería imposible no considerarlas como precedentes de un fondo comun de verdad.

No pretendemos buscar semejanzas de particulares, con cuyo sistema acaso no se consigue más que aumentar la confusión; vamos á apoderarnos del conjunto, á manera del que caminando al resplandor de la luna, no ve los minuciosos detalles, y sólo se dibujan á su vista los grandes bosques, los caudalosos ríos y las encumbradas montañas.

Uno de los primeros hechos del Génesis es la caída del hombre y la promesa de un Redentor, cuyo cruento sacrificio era representado por la inmolación de los animales primogénitos, mandado hacer por Dios á los patriarcas y á los hebreos, y que debía verificarse por medio del fuego. Pues bien, en todos los pueblos encontramos la creencia de la necesidad de la expiación; lo cual supone una primitiva y general apostasía, advirtiendo que en todas partes se consumaban por medio del fuego y de la sangre los sacrificios con que se pretendía aplacar á la divinidad.

Los cananeos hacían pasar por entre las llamas á sus hijos primogénitos: un cordero primogénito sacrificaban los compatriotas de Homero: los antiguos godos, «habiendo aprendido »por la tradición que el derramamiento de san-

«gre aplacaba la cólera de los dioses y que su »justicia descargaba sobre las víctimas los golpes reservados al hombre» llegaron al extremo de consumir sacrificios humanos; y cada cuatro meses entregaban á las llamas nueve víctimas, con cuya sangre rociaban (segun se había mandado á los hijos de Levi) á los que asistían al sacrificio, los árboles del bosque sagrado y las efigies de los númenes.

No busquemos ejemplos de sacrificios humanos entre las selvas solamente, ni entre las piedras derechas de los druidas, pues hasta los muy pacíficos mejicanos nos los podrán suministrar. El peruano, en los graves acontecimientos de su vida, inmolaba su hijo á Viracocha, rogándole se aplacara con la sangre de la víctima: otro tanto sucedía en Tiro, Cartago y en el tranquilo Egipto. ¿Qué más? la culta Grecia, cada sexto día del mes *targelion* sacrificaba un hombre y una mujer por la salud de los varones y de las hembras; y Roma, no solamente por medio de la sangre y del fuego en sus sacrificios llamados *solitaurilios taurebolios*, creía expiar las culpas del pueblo y de los particulares, sino que en los tumultos de los galos sepultó en el foro un hombre y una mujer de aquella nación. El inútil edicto del emperador Claudio contra los sacrificios humanos demuestra cuán arraigada estaba en los ánimos la tradición de un pecado general y de una expiación, hasta que vino á cumplirla el Prometido á las primeras gentes.

Examinando las religiones de los diversos pueblos, léjos de notar en ellas el progreso que caracteriza las invenciones humanas, veremos ofuscarse y confundirse las ideas, cuanto más se va refinando la gentilidad en el resto de los conocimientos. Nada nuevo enseñaban los misterios, pero conservaban las tradiciones antiguas, habiendo perdido también la explicación de aquellos símbolos místicos, que dicen una cosa y significan otra. No dejaron de conocer los filósofos la ineficacia de aquellas creencias religiosas; mas no supieron reemplazarlas con otras, ni en las obras de sus sábios más eminentes se encuentra un sólo dogma que valga más que los antiguos. Por el contrario, si nos remontamos á mayor antigüedad, hallaremos en los cantos de Orfeo, y en los restos de la primitiva Italia, así como en los del Egipto, de

de la India y de la China, ideas sublimes de la divinidad. No llegó, pues, el hombre á inventar las religiones desprendiéndose sucesivamente de las ligaduras, que impedían su desarrollo al mismo tiempo que protegían su infancia, sino oscureciendo las doctrinas que primitivamente recibió.

A medida que vayamos adelantando en el exámen de las religiones de los diversos pueblos, notaremos en ellas continuamente la correspondencia entre sus errores y las verdades de una primitiva religion, la cual hasta para los ménos instruidos se deja ver ya en aquella trinidad, ó de dioses, colocada en el cielo, ó de héroes convertidos en caudillos de las naciones. Que si por de pronto nos causa tedio lo grosero de las fábulas, al fin nos maravillamos, cuando preescindiendo de las fantasías poéticas y de las hipótesis filosóficas, vemos como los símbolos y los mitos, hermanos primogénitos de la Historia, aquellos con su profundidad y éstos con su vaguedad, se aunan para probar el origen patriarcal.

Sería tarea interminable la de hablar aquí de todos, por cuya razon tendremos que contentarnos con espigar en el campo donde ya otros han segado.

Los más sabios de entre los chinos, pueblo antiquísimo, reputan por ficcion alegórica la Historia primitiva; sin embargo, sus patriarcas ofrecen singular analogía con los de los hebreos: y así que principian á figurar en su narracion los hombres, se echan de ver un Fo-hi muy semejante á Noé, y el rey Yao que da salida á las aguas, las cuales, «habiéndose levantado hasta el cielo, bañaban aún el pié de las montañas más altas, cubrían las colinas ménos elevadas y ponían intransitables las llanuras.»

La doctrina de Zoroastro, sistema filosófico apoyado en los dogmas de otros siete anteriores, coloca en el centro de la tierra la montaña Albordi, de la cual fluyen cuatro rios mayores. En su cima existe el paraíso ó jardin de los bienaventurados, y allí brotan las aguas de la vida. La luz que divide y separa las tinieblas, y anima á las criaturas, es el primer principio físico en que se funda el culto de los parsos.

El caldeo Xisutur se salvó de un diluvio con

su familia y animales más necesarios. Beroso describe aquel diluvio con circunstancias idénticas á las que presenta la Biblia, si bien lo supone muchísimo más antiguo contando entre él y Semíramis un espacio de 350 siglos: cosa que á nadie antes de este autor se le había ocurrido, ni nadie despues de él ha pensado adoptar.

La tradicion armenia cuenta 5.000 años desde el diluvio acá, y aunque los historiadores de este pueblo son muy modernos, hay en el país una antiquísima memoria de aquel cataclismo. Josefo habla de una ciudad llamada *lugar del desembarco*, y los modernos viajeros encuentran al pié del monte Ararat la aldea de *Nachidchevan* que exactamente quiere decir lo mismo.

Los fenicios, segun Sanconiaton, establecian al principio un caos que no tuvo límites ni forma, hasta que el espíritu se enamoró de sus propios principios, y de su union salieron los elementos de la creacion.

El brama indio formó al hombre del barro, se complació en él, y lo estableció en el *Chorscham*, país de toda ventura, donde había un árbol cuyo fruto, comido, daba la inmortalidad. Supieronlo los dioses menores y comieron de él para no sufrir la muerte, lo cual irritó tanto á la serpiente Cheyeu, que guardaba aquel árbol, que derramó su tósigo por toda la tierra, de manera que la corrompió enteramente; y habrían perecido todos sus habitantes si el dios Siva, habiendo tomado forma humana, no hubiese absorbido el veneno.

El dios destructor resolvió ahogar toda la raza humana; y Visnú, dios conservador, no pudiendo impedirlo, pero sabiendo el tiempo preciso en que habia de ejecutarse este desigmo, se apareció á Satiavratí, confidente suyo, y le aconsejó que fabricase una nave en la cual se encerrara con los ochocientos cuarenta millones de gérmenes de cosas.

En otra parte se habla de una encarnacion de Visnú bajo la figura de Parasurama, en tiempo en que las aguas cubrían toda la tierra ménos los montes Gates: Visnú suplicó á los dioses que mandasen retirar las olas del espacio que alcanzara su flecha; con lo cual consiguió que quedase enjuto todo el país que media desde aquellos montes hasta la costa del Malabar.

Si hay alguno que encuentre semejanza entre el indi Brama y Abraham, le diremos que aquel tuvo por esposa una mujer llamada Sarasvadi (y adviértase que *vadi* significa señora), que fué cabeza de muchas familias, las cuales descendieron de doce hermanos, y que en la festividad anual que se celebra en el famoso templo de Tischirapali, se representan aún estos doce jefes guiados por un anciano. Uno de los parientes de Crisna fué arrojado siendo niño á las aguas y lo salvó de ellas una reina; dios mandó hacer á un penitente el sacrificio de su propio hijo, y luego se dió por satisfecho con la buena voluntad.

Klaproth demuestra que todos los pueblos del Asia recuerdan un diluvio que los más refieren al año 3044 antes de Cristo; en el templo de Hierópolis, en Siria, se enseñaba aún la boca por donde se decia que habian salido las aguas asoladoras; los persas dan al monte Ararat el nombre de Koh-Nuh, ó sea monte de Noé; entre los chudos se cuenta que habiéndose enriquecido Cain sacando minerales y oro, inspiró envidia á su hermano menor, el cual lo persiguió y obligó á refugiarse hácia Oriente.

Todos los anales de Asia hablan de un primitivo paraíso, poblándolo de maravillas segun el gusto particular de cada narrador. En el Tibet, los lah son genios primitivos degradados por el vicio. Los groenlandeses cuentan que el primer hombre creado fué Kallak, y que de su dedo pulgar salió la primera mujer, despues de lo cual el mundo se anegó y no pudo salvarse más que un solo hombre. En Ceilan se enseña un lago salado, que Eva formó llorando cien años seguidos la desgracia de Abel; entre los negros se refiere que Atahentsic fue arrojada del cielo por su desobediencia, y en el interior de Africa hay un lago que se cree resto del diluvio. Entre los mismos americanos se ha creído hallar memoria del diluvio en algunos de los groseros geroglíficos; los algonquinos y otros, dicen que Mesú, ó Sakchak, viendo la tierra sumergida por las aguas, envió un cuervo al fondo de un abismo para que le trajera un poco de tierra, y que no habiendo podido conseguirlo, dió el mismo encargo á una rata que pudo traerle una bocanada de tierra, con la cual rehizo el mundo y la rata lo volvió á poblar.

Los mejicanos de Mechoacan decian aún

más claramente, que Tespi ó Collocok, se embarcó en un grande *acalli* con mujer, hijos, animales y semillas; y que cuando el gran espíritu Tescatlipoca mandó retirar las aguas, Tespi envió un buitres, que hallando cadáveres con que apacentarse no volvió; lo mismo sucedió con otras aves, hasta que regresó el colibrí con una ramita verde, y viendo por esta señal que el sol habia vuelto á reunimar la naturaleza, salió de la nave. Varios accidentes pueden despertar en los hombres la idea de un diluvio universal pero puede la casualidad reproducirla con iguales circunstancias?

Si pasamos á pueblos más cultos, encontraremos aún mayores concordancias, si bien al hablar del origen del hombre han puesto generalmente la mira tan sólo en el elemento material, cuidándose poco del espíritu; y aun los que pensaron en éste, lo supusieron no concedido por amor, sino arrancado por medio de la fuerza ó del fraude. Noé puede ser comparado con Saturno, que tenia por símbolo una nave, cultivó la vid, nació del Océano y devoró á sus propios hijos, ménos tres, entre los cuales repartió el mundo. A Júpiter podria corresponder Cam, más inmediato al sol porque pobló el Africa; á Pluton Sem, que explotó metales en los ricos países de Ofir, de Evila y de los Sa-beos; y á Neptuno Jafet, poblador de las islas. En los edificadores de la torre de Babel pueden reconocerse los titanes. Hesiodo hace memoria de ciertos hombres que á los cien años eran todavía niños; y si ni en este autor, ni en Homero, ni en los tres principales historiadores se menciona el diluvio, no se olvidó Píndaro de cantarlo, haciendo que Deucalion aportase al Parnaso, situándose en la ciudad de Protogenia y volviendo á poblar la tierra con las piedras. El mismo Platon, en su *Timeo*, lo cita como universal y único para poder entrar á referir la catástrofe que destruyó la Atlántida; Aristóteles lo consideró como parcial de la Tesalia; mas Apolodoro le asignó mayor extension, y se valió de él para determinar el tránsito de la edad de cobre á la nuestra de hierro. Deucalion pudo salvarse en una arca, en la que Luciano añade que se embarcó con toda especie de animales, y Plutarco dice que echó á volar fuera de ella palomas, á fin de explorar la altura de las aguas.

Ignoramos lo que se enseñaba en los misterios de Eleusis, en los cuales parece que se conservaron con mayor pureza las verdades primitivas; más Aristóteles no vaciló en decir, que era tradición antigua de padres á hijos y extendida entre todos los hombres, que por Dios y solo por medio de Dios nos fueron dadas todas las cosas.

Sensible es, valiéndome de una expresión de Bacon, que el hábito de la antigüedad, al pasar por las zampoñas griegas, haya trasformado el sublime y profundo pensamiento en mero juguete de la imaginación; sin embargo una vista perspicaz puede aún encontrar el primitivo sentido. ¿Pudo la fantasía griega revestir la primera culpa y la esperada reparación, de una imagen más poética que la de Pandora, que abriendo la caja prohibida, dejó escapar todos los males, no quedando en el fondo más que la esperanza?

Podría aducir la significación de los nombres de los dioses y de los países antiguos y diversas pruebas que, si consideradas aisladamente parecen débiles, son de peso unidas á otras cosas que al parecer no ofrecen más que un tejido de extravagancias. Pero no quiero pasar en silencio el argumento que resulta, así de la majestuosa sencillez de la cosmogonía de Moisés confrontada con las extravagantísimas de los demás pueblos, como de la desnuda concisión con que éste refiere la historia de tan antiquísimos tiempos, en los historiadores de las demás naciones llena de portentosos sueños. Fúndanse todas las narraciones de estos últimos sobre dos diversas suposiciones, unos recordando cierta edad de oro cambiada en un estado peor, y otros suponiendo á los primitivos hombres en un estado de brutalidad del que poco á poco se fueron levantando. Únicamente la Historia Sagrada es la que pone de acuerdo estas dos opiniones por medio del pecado original, misterio, como dice Pascal, sin el que toda la humanidad se convierte en insondable arcano.

Tampoco pasaremos en silencio el argumento que en favor del comun origen nos ofrecen ciertos conocimientos comunes á todos los pueblos. No hablaremos de las artes y los oficios que una necesidad igual pudo enseñar á todos igualmente, sino de los principios de las ciencias que podrían llamarse de pura cu-

riosidad y que suponen largas observaciones. Tales son, por ejemplo, las ciencias astronómicas, en las cuales encontramos con corta diferencia unos mismos signos del zodiaco en pueblos muy distantes; conocida la división verdaderamente artificial de la semana; establecidos el período lunisolar y otros que sirvieron de base á tradiciones y épocas religiosas; y conocido asimismo el circuito de la tierra, del cual se dedujeron la unidad de medida, y la forma y extensión de los templos y de los edificios simbólicos.

¿Es posible que el hombre, si hubiera nacido salvaje, se hubiese dedicado con tanta anticipación á estas tan abstractas indagaciones, cuando hallándose ya en los tiempos históricos apenas había aprendido aún á satisfacer sus urgentes necesidades? ¿Es posible que sólo por fuerza de intuición llegase á descubrir lo que la ciencia no ha descubierto sino con penosos esfuerzos y con el auxilio de largas y complicadas observaciones, de sutilísimos cálculos y delicados instrumentos? ¿Y por qué razón en todos los pueblos, la contemplación del cielo y el arte de contar los días han sido considerados como cosas sagradas, siendo por lo tanto encomendadas á la custodia y al arreglo de los sacerdotes? Si consideramos que muchas fórmulas de gran sabiduría se conservaron por los más antiguos sin comprenderlas, aplicadas muchas veces erróneamente y combinadas con groseros desvaríos, como sucede con los maravillosos cómputos de los indios y los chinos, no podremos ménos de ver en esos disonantes fragmentos, no las bases homogéneas de un estudio progresivo, sino las irradiaciones de un foco único, las reminiscencias de una edad en que el hombre, libre ó escaso de necesidades, podía entregarse de lleno á la contemplación con todo el vigor de un entendimiento vírgen, iluminado por superiores inspiraciones. Los hombres al dividirse llevaron consigo estos conocimientos, y el uso de las festividades en los solsticios y en los equinoccios y la veneración al 12 y á otros números calendarios; introduciéndose sucesivamente alguna variación según la propia índole y las circunstancias. El mismo Bailly tuvo que convenir en la derivación única de las ciencias, si bien colocó su origen en no se sabe qué pueblo del lago Bai-

kal bajo el grado 50 de latitud, desde donde pasaron primero á los atlánticos, que habitaban la parte de la América sumergida y las costas occidentales del Africa; desde allí á los etíopes, y después á las cuatro naciones más antiguas, indios, persas, caldeos y egipcios: aserciones enteramente gratuitas.

También presenta muchas pruebas en favor del principio que sustentamos, la semejanza de los edificios rituales, de las instituciones religiosas, de los ciclos de la regeneración, de las ideas místicas y de aquella invención, la más maravillosa de todas, el arte de escribir, cuyos caracteres entre los pueblos más distantes parece que deben creerse variaciones de una misma forma. ¿Quién presumirá poder penetrar el profundo misterio de la vida y la eterna y secreta alianza del alma con la naturaleza para explicarnos la causa de tales semejanzas?

Para argumentar contra la comun derivación del género humano, solían algunos valerse de la América, diciendo que un continente tan vasto, desconocido por tanto tiempo del resto del mundo y separado de éste por tan extensos mares, no podía creerse que hubiese sido poblado sino por gente nacida allí mismo.

En otro lugar nos estenderemos sobre este punto; y verdaderamente, al encontrar por primera vez á un pueblo en apartadas islas, es natural inclinarse á suponerlo producción espontánea de aquel terreno; mas si al examinarlo se descubren lenguaje, usos y tradiciones conformes con los de otros países, fuerza será decir que el pueblo aquel procede de algún otro punto, por más que se ignore cómo se ha verificado esta traslación. Este es el caso en que se encuentra la América. Ya hemos apuntado las semejanzas de conformación é idioma entre los pueblos de este continente y los asiáticos. Sus tradiciones mencionan gentes venidas de otros países; en la historia mejicana los toltecas, las siete tribus, los cheschenecas y los aztecas se presentan como advenedizos, y en los geroglíficos están pintados en ademán de atravesar el Océano. Las analogías entre los peruanos y mogoles son tantas, que un escritor sostiene con mucho ingenio, que Manco-Capac, fundador de la dinastía y religión de los incas, era hijo de un nieto de Gengis-Kan, en tanto que otros con más probabilidad lo hacen proce-

der del Tibet y de la Tartaria. Los hotentotes de Africa, los guaranos del Paraguay y los californios, se amputan el dedo pequeño para mostrar dolor por la pérdida de un pariente. ¿Es creíble que tan extrañas costumbres se hayan originado espontáneamente en países tan distantes? Los pastues americanos que se alimentan solamente de vegetales, los tlascaltecas que creen en la metempsicosis, y los peruanos que tienen idea de la Trinidad, nos hacen pensar en los indios. La división del tiempo en grandes y pequeños períodos, se diferencia muy poco en los sistemas chino, camulco, mogol, manchú, y en los de los toltecas, aztecas y otros, siendo idéntica entre los mejicanos y japoneses. El zodiaco de éstos, el de los tibetinos y el de los mogoles, tienen los mismos nombres que los que en Méjico se daban á los días del mes; y si en el zodiaco tártaro faltan los signos de éstos, llenan el hueco los sastras indios, poniendo los animales celestes en las correspondientes posiciones.

Los tlascaltecas y aztecas recordaban en diversas pinturas el diluvio y la dispersión de los pueblos; y para expresar la confusión de las lenguas, inventaron el símbolo de una paloma posada sobre un árbol, y dando á cada uno de los hombres, hasta entonces mudos, una lengua distinta, por lo cual se dispersaron las quince familias.

Sus geroglíficos expresaban que «antes de la grande inundación, acaecida 4008 años después de creado el mundo, estaba el país de Anahuac habitado por gigantes (*Zocuilles*); y que los que no perecieron, fueron transformados en peces, ménos siete que se salvaron en las cavernas. Después de retiradas las aguas, Xelua, uno de estos gigantes denominado el *Arquitecto*, pasó á Cholula, donde en memoria de la montaña Tlaloc en la cual se había salvado, erigió una colina artificial en forma de pirámide. Con este fin hizo labrar piedras en la provincia de Tlamanalco, al pié de la sierra de Cocotl, y para llevarlas á Cholula dispuso una fila de hombres que se iban pasando de mano en mano. Enojáronse los dioses al ver este edificio, cuya cima debía tocar las nubes, y lanzaron fuego sobre la pirámide, por lo cual muchos de los que trabajaban en ella perecieron y la obra